

París el espíritu filantrópico se había generalizado hasta en los castillos y abadías de provincia. Estoy persuadido de que salvo algunos hidalgos pelonesos, cazadores y bebedores arrastrados por la necesidad de ejercicio corporal y confinados á la vida animal por su rusticidad, la mayor parte de los señores residentes se parecían de intención ó de hecho

á los gentil-hombres que en sus cuentos morales ponía Marmontel en escena durante aquella época; porque la moda los quería de esta clase, y la moda siempre se ha seguido en Francia. Su carácter nada tiene de feudal; son gente «sensible,» dulce, muy fina, bastante ilustrada, amante de frases generales y que se emociona fácil, viva, voluntariamente, como



Versalles

el simpático decidior, marqués de Ferrieres, antiguo militar de caballería ligera, diputado de Saumur en la Asamblea nacional, autor de un escrito sobre el *Theisme*, de una novela moral y de unas Memorias benévolas y sin gran alcance; nada más distante del antiguo temperamento áspero y despótico. Bien quisieran ellos aliviar al pueblo, así economizan en su casa cuanto pueden, en términos que Lacretelle dice: «La más activa piedad llena las almas; el temor de los hombres más opulentos era el de pasar por insensibles.» Se les encuentra noscivos sin que sean malos; el mal procede de su situación, no de su carácter. En efecto, su situación es la que dejándoles sus derechos sin sus servicios, les priva de los oficios públicos, de la influencia útil del patronato efectivo

con los cuales podrían justificar sus ventajas y atraerse á sus paisanos.

Pero en este terreno, el gobierno central tomó su lugar. Desde largo tiempo son débiles contra el intendente é impotentes para proteger á su parroquia. Veinte gentil-hombres no pueden reunirse y deliberar sino mediante un expreso permiso del rey, y como dice Floquet en su *Histoire du Parlement de Normandie*, en 1772 fueron encarcelados ó desterrados veinticinco gentil-hombres por haber firmado una protesta contra las órdenes de la corte. Si los del Franco Condado van á comer y oír misa juntos una vez al año, es por tolerancia; y aún esta modesta cofradía no puede reunirse sino en presencia del intendente. Separado de sus iguales, el se-

ñor lo está también de sus inferiores. Ya no se le ve en la administración de la aldea, ni siquiera tiene ya sobre ella su vigilancia; repartir el impuesto y el cupo de la milicia, reparar la iglesia, convocar y presidir la junta parroquial, construir caminos, establecer oficinas de caridad, todo eso es de la incumbencia del intendente ó de los empleados comunales que éste nombra ó dirige, como lo ha descrito con gran fuerza y profundidad Tocqueville. Si exceptuamos su derecho de justicia tan mermado, el

señor está ocioso en materia pública. El mismo Tocqueville, al tratar de las quejas de la asamblea provincial de la Alta-Guyena, escribe: «Cada día se quejan de que no haya policía ninguna en los campos. ¿Cómo puede haberla? *El noble en nada se mezcla*, exceptuando algunos señores justos y bienhechores que aprovechan la influencia que tienen para con sus vasallos para precaver cualquiera vía de hecho.» Si por casualidad quisiera oficiosamente intervenir ó reclamar por la comunidad, bien pron-



MARÍA TERESA, emperatriz de Austria

to le harían callar las oficinas. Desde Luís XIV todo pesa sobre los comisionados, toda la legislación y todas las prácticas administrativas obraron contra el señor local para quitarle sus funciones efectivas y relegarle á su solo y escueto título. Por esta separación entre el título y las funciones, se hizo tanto más orgulloso cuanto menos util era. No teniendo ya su amor propio el incentivo mayor se abate sobre el menor; desde este momento solicita las distinciones, no la influencia, sueña en la privanza, no en el gobierno, y como puede leerse en las actas de los Estados generales de 1789, muchas instancias de la nobleza piden para los hombres y las mujeres de esta clase una señal distintiva honorífica, una cruz ó un cordón, por ejemplo, que les dé á conocer. En efecto, el gobierno local en manos de zafios groseramente tratados por gente de pluma, se convierte en una cosa ordinaria y oficinesca, que le parece sucia. «Se ofendería su orgullo invitándole á dedicarse á ella. Anotar contribuciones, reclutar la milicia,

reglamentar los jornales, actos serviles, trabajo de síndicos.»—Se abstiene, pues, se mantiene aislado en su morada, deja á otros una tarea de la cual se le excluye y que desdeña. Lejos de defender á sus labriegos, apenas si puede defenderse á sí propio, conservar sus inmunidades, hacer reducir su capitación y sus vigésimas, alcanzar para sus domésticos la exención de la milicia, librar su persona, su domicilio, sus dependientes, su casa y su pesca de la usurpación universal que pone en manos «Monseñor el intendente» y de los señores subdelegados, todos los bienes y todos los derechos.—Y tanto más cuanto con mucha frecuencia es pobre. De Bouillé en sus *Memoires*, pág. 50, de acuerdo con de Tocqueville, de Lomenie, de Chateaubriand y otros, estima que todas las familias antiguas, si se exceptúan dos ó trescientas, están arruinadas. En la Rouergue, muchos hay que viven con una renta de cincuenta y hasta de veinticinco lises. En Limousin, dice un intendente á principios del siglo, de muchos



miles quizás no haya quince que tengan veinte mil libras de renta. En Berry hacia 1754 «las tres cuartas partes se mueren de hambre.» En el Franco Condado, la cofradía de que há poco hablamos ofrece uno de los más cómicos espectáculos; «después de la misa se vuelven cada uno á su casa, unos á pié y otros montados en sus rocinantes.» En Bretaña, hay una multitud de gentil-hombres parroquianos de bodega, que ejercen en las alquerías, los más viles empleos. Un tal M. de la Morandais se hizo administrador de una finca rústica; familia hay que por toda hacienda tiene una quinta que «no atestigua su nobleza sino por un palomar, que vive á lo rústico y come pan bazo.» Otro gentil-hombre viudo «pasa sus días bebiendo desordenadamente con sus servidores y consume los más bellos títulos de su casa llenando tarros de manteca.» «Todos los caballeros de Chateaubriand, dice el padre, fueron borrachos y zurradores de liebres.» Él mismo vegeta pobre y tristemente, con cinco criados, un perro de caza y dos rocines viejos «en un castillo que había albergado cien señoras con su séquito.» Aquí y allá, en las memorias de aquel tiempo, véñese pasar algunas de estas raras figuras arqueológicas; en Borgoña, por ejemplo, según *La vie de mon père*, de Retif de la Bretonne I, 146, «gentil-hombres cazadores, con polainas, zapato claveteado, llevando sobre el brazo una espada vieja y enmohecida, muriendo de hambre y negándose á trabajar.» En otros puntos, «M. de Perignon con traje, peluca y figura raídos, haciendo levantar en sus tierras paredes secas y emborrachándose con el herrador del lugar;» pariente del cardenal Fleury, hízose de él el primer duque de este nombre. Todo contribuye á esta decadencia, la ley, las costumbres y desde luego el derecho de primogenitura. Instituido para que la soberanía y el patronato no se dividan, arruina á los nobles, desde el momento en que ni una ni otro tienen razón de ser.

En Bretaña, dice Chateaubriand,—y lo mismo sucede, según Renaudon, en las costumbres de otras partes y notablemente en la de París,—los primogénitos nobles tenían las dos terceras partes del patrimonio y los segundones se repartían entre sí el tercio restante de la herencia paterna, por consiguiente, «los segundones de estos últimos llegaban muy pronto á repartirse un palomo, un conejo, un jilguero ó un perro de caza. Toda la fortuna de mi abuelo no pasaba de cinco mil libras de renta, de las cuales al mayor de sus hijos tocaban los dos tercios, es decir, tres mil trescientas libras; quedaban mil seiscientas sesenta y seis libras para los tres segundones, suma

de la cual correspondía aún al primogénito el tanto de mejora.»—Esta fortuna que se desmorona y desvanece, no saben ni quieren reconstituirla por medio del comercio, la industria ó la administración: sería esto una derogación. «Altos y poderosos señores de un palomar, de una pocilga, de una conejera,» cuánto más les falta lo sustancial, más apegados se muestran al nombre. Únase á esto, la permanencia en la ciudad durante el invierno, los gastos que traen consigo la vanidad y la necesidad de sociedad, necesario es ser alemán ó inglés para pasar los meses tristes y lluviosos en su castillo ó en su cortijo, solo, en compañía de gañanes, á riesgo de volverse tan encogido y extravagante como ellos. Como consecuencia de ello, adquieren deudas, se atrasan, venden una parte de sus fincas, y luégo otra; muchos lo han vendido todo menos su morada y los derechos señoriales, censos, partijas, cortas, derechos de casa y de justicia sobre el territorio de que antiguamente eran los propietarios (1), puesto que viven de estos derechos necesario es que los ejerciten aún cuando el derecho sea gravoso y el deudor pobre. ¿Cómo le perdonarían el pago en granos y en vino cuando es para ellos el pan y el vino de todo el año? ¿Cómo dispensarle del quinto y del requinto cuando éste es el único dinero que perciben? ¿Cómo siendo necesitado dejar de ser exigente? Hélos ahí, pues, frente á frente del labrador en estado de simples acreedores; á esto es á lo que vino á parar el régimen feudal transformado por la monarquía. Al redor del castillo vense bajar las simpatías, elevarse la envidia y crecer los odios. Apartado de los negocios, libre del impuesto, el señor queda aislado y extraño entre sus vasallos; su autoridad reducida á la nada y sus privilegios conservados fórmanle una vida á parte. Si sale de ella es para contribuir forzosamente á la miseria pública. Sobre este suelo arruinado por el fisco, va á tomar una parte de su producto, esto es, algunas gavillas de trigo y algu-

(1) De Bouillé, *Memoires*, p. 50.—Según él, todas las antiguas y nobles familias «excepción hecha de dos ó trescientas á lo sumo estaban arruinadas. La mayor parte de las grandes haciendas rústicas con título, se habían convertido en infantazgo de banqueros ó negociantes y sus descendientes. La mayor parte de los fondos estaban en manos de los burgueses de las ciudades.»—Leoncio de Lavergne, *Economie rurale en France*, p. 26.—«La mayor parte vegetaba pobremente en pequeños feudos agrícolas que con frecuencia no daban más de 2.000 ó 3.000 francos de renta.»—En el reparto de la indemnización, en 1825, muchos cobraron menos de 1.000 francos. El mayor número de los indemnizados no percibió cantidad mayor de 50.000. — «El trono, decía Mirabeau, sólo está rodeado de nobles arruinados.»

nos toneles de vino. Sus palomos y su caza se comen la cosecha. Es necesario ir á moler á su molino y dejarle un diezseisavo de la harina. Un campo vendido por seiscientas libras, mete cien libras en su bolsillo. Lo que el hermano hereda, no lo alcanza sino disminuido por él en la renta de un año. Otras muchas cargas de utilidad pública antiguamente no sirven ya sino para mantener á un particular inútil. El labriego, que era entonces tal como hoy día le contemplamos, ansioso de ganar, decidido y acostumbrado á sufrirlo y hacerlo todo para economizar ó ganar un escudo, acaba por poner sus encolerizados ojos en la torrecilla que guarda el archivo, el registro de las propiedades, los detestables pergaminos en cuya virtud un hombre de una especie diferente privilegiado en detrimento de todos, acreedor universal y pagado por no hacer nada, esquilma todas las tierras y todos los productos. Llega entonces un día en que pega fuego á tantas concupiscencias; entonces arde el registro, con el registro la torrecilla y con la torrecilla el castillo.

## III

Este espectáculo es más triste aún, cuando de las haciendas en que los señores viven, pasamos á aquellas en las cuales no viven nobles y ennoblecidos, eclesiásticos y laicos, los últimos son privilegiados entre los privilegiados y forman una aristocracia dentro de otra. Casi todas las familias poderosas y acreditadas pertenecen á ella (1), cualquiera que sea su origen y su antigüedad. Por su residencia habitual y frecuente en el centro, por sus alianzas y sus mutuas visitas, por sus costumbres y su lujo, por la influencia que ejercen y las enemistades que suscitan, forman un grupo á parte y ellos son quienes tienen las más vastas haciendas, los principales dominios, las más extensas y completas jurisdicciones. La nobleza cortesana y el alto clero quizás no tenga más que mil individuos en cada orden, y este pequeño número pone más de relieve la enormidad de sus preeminencias. Hemos visto que los infantazgos de los príncipes de la familia real comprenden una

(1) De Bouillé, *Memoires*, p. 50.—Chérin, *Abrégé chronologique des edit*, (1788). «De esta innumerable multitud que compone el orden de los privilegiados, apenas si una vigésima parte puede tener verdaderas pretensiones á la nobleza inverosímil de antiguo abolengo.»—4.070 cargos de hacienda, administración ó judicatura los llenan la nobleza.—Turgot, *Collection des Economistes*, II, 276. «Con la facilidad que hay de adquirir la nobleza con dinero, no hay hombre rico que no se haga noble inmediatamente.»—D'Argenson, *Memoires*, III, 402.

séptima parte del territorio; Necker en su *De la administration des finances*, tomo II, p. 271, estima en dos millones la renta de las tierras que disfrutaban los dos hermanos del rey. Las propiedades de los duques de Bouillon, de Aiguillon y de algunos otros, ocupan leguas enteras y por su inmensidad y continuidad recuerdan las que el duque de Sutherland y el de Bedford poseen actualmente en Inglaterra. Sólo con sus bosques y su canal, el duque de Orleans, antes de contraer matrimonio con una mujer tan rica como él, percibe cerca de un millón de renta. Señoría hay, la de Clermontois, por ejemplo, perteneciente al príncipe de Condé, que tiene cuarenta mil habitantes, es decir, la extensión de un principado alemán, además, «todos los impuestos y subsidios que se aplican á Clermontois se cobran en beneficio de su Alteza Serenísima; el rey no percibe de ellos absolutamente nada.» Y lo mismo sucede después del cambio de 1784, en que, según los Archivos nacionales, G. 192, el príncipe se incauta de «todos los impuestos personales así como de la subvención sobre los habitantes,» exceptuando una suma de 6.000 libras para los caminos. Naturalmente, riqueza y autoridad van unidas y cuanto más da una hacienda más se parece su dueño á un soberano. El arzobispo de Cambay, duque del mismo nombre, conde de Cambresis, tiene el dominio de todos los feudos en un país que cuenta setenta y cinco mil habitantes; él elige la mitad de los regidores en Cambay y toda la administración del Cateau; nombra á dos grandes abades y preside los Estados provinciales y el despacho permanente que les sucede; en una palabra, bajo el intendente y á su lado, conserva una preeminencia, mejor aún, casi semejante á la que hoy continúa teniendo sobre su dominio alguno que otro gran duque incorporado al nuevo imperio alemán. Cerca de éste, en el Hainaut, el abad de Saint-Amand posee las siete octavas partes del territorio de la prebostía y percibe sobre la octava los derechos señoriales, el diezmo y prestaciones; además, él es el que nombra al preboste y los regidores, de manera que, como dice el clamor público, «él compone todo el Estado, ó mejor aún, él por sí solo es el Estado,» pues la ciudad de Saint-Amand tiene ya hoy día, por sí sola, 10.210 habitantes. Sería nunca acabar la enumeración de esas grandes porciones de riqueza. Limitémonos á la de los prebostes y á contemplarla por uno solo de sus puntos de vista, el del dinero. En el *Almanach Royal* y en la *France ecclesiastique* de 1788, hallamos la renta por ellos confesada, pero la verdadera es de una mitad más para los obispos y doble ó triple para los abades, y toda-